

algunos podría parecer fundada— las grandes esquematizaciones teóricas de Ruy, su poca inclinación a la observación objetiva de los hechos. Lo cual no impide ver que en ésta, como en otras muchas ocasiones, si la visión del idealista puede no tener una utilidad inmediata sí suele tener frecuentemente una utilidad instrumental mediata, en cuanto ideafuerza que otros tratarán de efectivizar; en cuanto, como reconoce el propio Montenegro, “la obra de Ruy Barbosa habría de transformarse en reservorio doctrinario”.

¿Ruy Barbosa? Muy bien pero ¿Santos Dumont, por qué? ¿Por qué el as de la aviación en relación con temas de sociología política? Porque sí —en el mundo en el que aparece— “el bachiller en Derecho constituía la figura dominante de la sociedad patriarcal y el joven que exhibía en el anular el anillo de ofuscante rubí no podía poner la mano en contacto con las máquinas grandes o pequeñas...., Santos Dumont constituirá un rasgo heteróclito: ...proporcionará una prueba inequívoca de nuestras posibilidades en el campo de la ciencia”. (22)

Ruy Barbosa y Santos Dumont y, en la convergencia, la caída de Paulo Alfonso deja de ser motivo poético para transformarse en fuente de energía y con ello en elemento de promoción económica y política del pueblo brasileño, al que ayudará a alcanzar plena conciencia de sí mismo la sociología que Montenegro estudia en otro de los artículos de esta recopilación, en el cual reconoce que: “La sociología en Brasil atraviesa un período claramente científico, habiendo sido superados los períodos sociográfico y presociológico”; pero en el que asimismo indica que —en contraste notable con lo que ocurre en México y muy probablemente en otros muchos países latinoamericanos en los que los estudios ruralistas se encuentran bastante avanzados mientras que los urbanistas mar-

chan relativamente a la zaga en el terreno sociológico— “si la sociología en Brasil se desenvuelve, a partir de 1930, la sociología de la vida rural comienza a germinar ahora, viviéndose en plena fase de ‘toma de contacto’, explicándose este atraso por la política esencialmente urbana que peculiarizó al Imperio y no tuvo solución de continuidad en la República”. (25)

De los restantes artículos de la recopilación, pueden recogerse algunos títulos: el triunfo del sabio, la mujer como factor de producción, filosofía y lucha por la vida, Maquiavelo y el maquiavelismo. De todos, como de los anteriores —no obstante la forma de exposición un tanto deshilvanada que priva en ellos y que se justifica en función de su carácter de artículos—, puede recogerse más de una observación interesante. Lo prueba el hecho de que, no obstante la brevedad del original, pueda dar de por sí material para más de una glosa.

Brasil —mucho más que México— parece ser tierra de ensayistas, y de ensayistas ávidos, además, de publicar (como que recibimos aquí un número considerable de opúsculos como el que reseñamos). Pero tierra de ensayistas afortunados, que es muy probable que salidos ya de su edad juvenil, al mediar de sus vidas, hayan recogido una rica cosecha de observaciones en sus ensayos, con cuyo grano sembrar nuevos campos, de tierra más fértil, de extensión más amplia, en los que crecerá, hasta el límite del horizonte, la rubia espiga mecida por el sol.

PERPIÑA GRAU, Román: *Lo económico y lo extraeconómico en la vida de los pueblos*. Academia de Ciencias Económico-financieras. Barcelona, 1956. 27 pp.

En este discurso leído en la solemne inauguración del curso de 1956-7, cele-

brada en el salón de actos del Fomento del Trabajo Nacional de Barcelona, el 18 de noviembre de 1956, Román Perpiñá Grau muestra su humanismo, más que al través de la cita que hace de Aristóteles —de quien toma como lema un extracto de su *Ética a Nicomaco*— mediante la forma en que busca devolver su sentido humano a la ciencia económica, de la que ha sido por mucho tiempo practicante tanto en Europa como en América Latina.

Superando la *werfreiheit* (la libertad valorativa) de la ciencia subrayada por Max Weber, la economía se ha establecido como una ciencia de medios y no de fines, como una técnica que proclama carencia de todo fin y de toda norma. Sin embargo, ya Aristóteles indicaba que 'ο δὲ χρηματιστής βίαιός τις ἔστιν, καὶ ὁ πλοῦτος δῆλον ὅτι οὐ τὸ ξητούμενον ἀγαθὸν χρήσιμον γὰρ καὶ ἄλλου χάριν οὐκ ἔστιν, que "quien actúa económicamente lucha siempre por algo, puesto que es evidente que la riqueza (o el lucro, diríase aquí) no es ciertamente el bien anhelado o perseguido. Se busca desde luego la utilidad, pero en tanto en cuanto va dirigida a alcanzar otras cosas distintas de ella misma". (10) Cabe preguntarse entonces si en el orden científico lo económico tiene realmente por esencia la utilidad y, siendo en el orden vital lo económico un actuar de medios para fines, habrá de quedar todo lo económico sometido a los fines, destruyéndose con ello la posibilidad misma de la ciencia económica, o si todo lo extraeconómico se subordinará a los puros medios, deshumanizándose la economía. Se trata, en cierto modo, de un tratamiento análogo al que Pablo González Casanova, investigador social y amante de nuestros clásicos, ha hecho en su *Estudio de la Técnica Social*, que ya hemos comentado aquí.

Se habla de valores, de valores extra-

económicos y de valores económicos, y se enfrenta al apasionante problema de si existe algo que conjunte a unos y otros o si existe algo que sea disyuntivo de los mismos. El recurso a Aristóteles permite a Perpiñá Grau señalar que una ley inversa es la que rige los valores de lo útil y los valores del espíritu, pues mientras "los primeros nos embarazan con su abundancia, su valor es decreciente y tienen un colmo, los segundos los vamos sumiendo con apetencia no sensible e indefinidamente creciente, sin límite del colmo... , pues los valores de lo útil se consumen cada vez y los del espíritu se sumen y se suman". (13) Y de esta diferencia, como señala el autor, es el economista que conoce (o mejor que conozca pues no todos la conocen) la filosofía tanto como la manipulación de los bienes materiales, el que está en posibilidad de captarla, sí, pero de captarla para establecer la debida conexión entre unos y otros valores.

Los bienes económicos son "bienes relativos y contingentes, apetecidos diversamente en cada tiempo, lugar y circunstancias y... dependen de las múltiples intencionalidades o finalidades para las que los queremos, dirigidas a esos bienes ya no económicos, que en distintos grados anhelamos".<sup>15</sup> De tal modo lo económico está íntimamente vinculado con lo extraeconómico —como que queda relativizado por ello—, pero la vinculación no es de una, sino de doble vía, y hay que reconocer que "los bienes extraeconómicos se hallan condicionados por los medios económicos asequibles para alcanzarlos". Tomadas separadamente cada una de estas afirmaciones, tendríamos las dos tesis principales que se enfrentan en el mundo contemporáneo desde ángulos no sociológicos: o lo uno o lo otro, siendo así que, sociológicamente, tanto desde un punto de vista dialéctico, dinámico, como desde un punto de

vista tototalitario, estático, debe ser lo uno y lo otro —como establece Perpiñá Grau— en cuanto, si fijamos heurísticamente nuestra atención en un momento dado en lo económico (a lo que elevamos en esta forma a la categoría de lo “subestructural”, que, de otro modo y de por sí no puede tener en forma absoluta), podremos explicar al través de lo económico subestructural lo extraeconómico (que calificaremos de supraestructural) que se produzca en el momento siguiente; en la misma forma en que, si atendemos en un momento dado a lo extraeconómico (a lo que ahora calificaríamos de subestructural) podremos explicar al través suyo lo económico (supraestructural ahora) que se produzca dentro de un momento. Como que, además, fuera de la diacronía que esto representa, habría que considerar sociológicamente que lo económico y lo extraeconómico, en lo sincrónico, *coexisten y se condicionan mutuamente* dentro de la totalidad solidaria a la que pertenecen, que resulta de cada uno de ellos y de sus interrelaciones y que, por su parte, también los conforma.

Esta hermenéutica que se encuentra en la convergencia de lo de Perpiñá Grau y de lo nuestro —aún no sabemos mantenernos lo suficientemente neutrales para hacer en nuestras notas simples traslados o extractos— parece recibir apoyo de lo que dice el propio Perpiñá en el sentido de que “cinco son los órdenes esenciales y constitutivos de todo pueblo, con necesidad radical (el económico, el defensivo, el jurídico, el político-social y el religioso)... , y entre ellos no puede haber sometimiento sino equilibrio en la satisfacción de las necesidades en cuanto de estos cinco órdenes todos y cada uno son esenciales para la vida ordenada de los pueblos” (24-5). A lo que agrega poco después, completando su pensamiento, que “quienes dicen que lo económico es de un orden

inferior y que por ende debe de subordinarse a los órdenes superiores, dicen media verdad... , siendo otra media verdad el adagio *primum vive deinde filosofare*, de tal modo que si ambas series valorativas están vistas cada una como verdadera en sus dobles y reales caminos, de arriba abajo y de abajo arriba, la verdad total no es doble sino una, porque ambas persiguen y forman la totalidad de la naturaleza de la persona humana”.<sup>26</sup>

La ruptura del equilibrio de la tototalidad social (y la ruptura del mismo en un sentido que en ninguna forma es favorable al desarrollo dialéctico de lo social, puesto que no toda ruptura de equilibrio es indeseable) es un hecho. Hecho en cuanto se le ha dado primacía —en el terreno de las realidades en el mundo capitalista, en el terreno ideológico, por lo menos frecuentemente y por inadecuada comprensión de las doctrinas humanísticas básicas, en el mundo socialista— al *ethos* del orden económico que ha llegado a absolutizarse. Que ha llegado a crecer hipertróficamente; que ha llegado a ser, conforme a lo que podría y debería ser una constatación observacional, pero no una norma directiva de la conducta y de la actividad humana, el factor claramente determinante de la vida social, en cuanto el hombre parece haber cambiado su primogenitura por un plato de lentejas. En efecto: el capitalismo, convertido en la nueva selva humana de la desafortada competencia de todos contra todos (por un miserable puñado de monedas cuya utilidad final para el hombre, en cuanto hombre, escapa de las mentes y los corazones de los competidores) parece condenarse así el derrumbamiento final, o al final envilecimiento de las sociedades que lo practiquen tanto como de sus individuos en tanto siga concediendo como ha concedido, en los hechos, primacía absoluta a lo económico. El socia-

lismo, por su parte, se condenará asimismo a su fracaso en cuanto ideología rectora si no comprende que su misión —misión antitética, salvacionista frente al capitalismo— consiste precisamente en reconocer *que éste representa un determinismo económico, pero que la sociedad no debe estar determinada económicamente*. O sea, que el socialismo será algo que habrá que arrojar por la borda en la misma forma en que se desecha al capitalismo si el socialismo no es lo suficientemente sabio para constatar la cuasi determinación actual de las sociedades por lo económico *como una perversión históricosocial* en el terreno de los hechos, en el territorio del ser, y, simultáneamente, de distinguir esta constatación fáctica de la prescripción orientada en el sentido de que *a las sociedades se las debe liberar de esa cuasi determinación económica* para reintegrar a ellas —al lado de lo económico— esos cuatro (o más) órdenes restantes de lo defensivo, de lo jurídico, de lo políticosocial, de lo religioso, y de reintegrarlos a modo de que funcionen armónicamente, o sea, de que *se equilibren* y, al mismo tiempo, *se opongan* en forma tal que resulte fértil dentro de la dialéctica históricosocial. Sólo en este sentido podrá considerarse al socialismo como la terapéutica adecuada para un mundo socialmente enfermo. Tomado en cualquier otro sentido que no sea auténticamente humanista dicho socialismo no será sino la prolongación indeseable de los males que dice combatir. Sólo en esa forma se dejará de tener la impresión —que bien se recogía en la Exposición Universal de Bruselas al visitar los pabellones de E. U. de A. y de la U. R. S. S. o al asistir a la exhibición de “Grande es mi país” en el cine de la Unión Soviética— de que el mundo socialista no haría sino presentar una visión magnificada quizá del mundo capitalista. Visión magnificada en la misma escala en que la pan-

talla del cine de la Unión triplicaba o multiplicaba por nueve (en cuanto a superficie) el tamaño de una pantalla ordinaria, elevando el balido de un precioso ejemplar ovino a trueno, que hacía exclamar a nuestra vecina de asiento: *¡Ah, beauté!* Visión magnificada del mundo capitalista; presos ambos mundos de una vaciedad comparable, desatentos ambos a guardar la proporción debida con las dimensiones humanas. Como que ese mismo día uno de los asistentes sufrió grave accidente cardíaco, probablemente impresionado por la magnitud descompensada de los sonidos y de las imágenes, transmitidas con un exceso que no podía sino hacer empuqueñecer a un pueblo y a un sistema de vida que recurrían a tales experiencias, a tales despliegues (tan desagradables y de poco gusto como los del Ben-Hur estadounidense), y a un pueblo que creemos que ni tiene por qué ni debe de recurrir a tales desplantes.

Que esto nos conduce un poco lejos de la línea central discursiva de Perpiñá Grau, lo aceptamos, y de ello nos alegramos. Como que un texto que nos obligara a seguirle simplemente, a no separarnos de él, nos parecería odioso, en cuanto más que ser estímulo para el pensamiento propio sería engrilletamiento con respecto al ajeno.

Pero que no se diga por culpa nuestra que Perpiñá Grau, economista, se levanta simplemente contra el economista desde un ángulo más o menos “idealista”. Porque si Perpiñá reconoce que existen cinco órdenes esenciales y constitutivos de todo pueblo, con necesidad radical (el económico, el defensivo, el jurídico, el político social y el religioso), reconoce también que no sólo el orden económico puede romper el equilibrio indeseablemente, sino que esta misma ruptura puede producirse a causa de otros órdenes, pues “el comerciante, el militar, el magistrado, el funcionario o el jefe de grupo político o social, el

sacerdote, suelen pretender que su orden, el orden al que está ligado su particular intencionalidad y concepción de la vida, es aquel del cual depende todo". (24)

¿Que, a pesar de todo, esto puede hacer pensar en que el discurso de Perpiñá Grau es el de un economista reñido con su ciencia? O ¿por lo menos de un economista que invade terrenos que le están prohibidos? No lo creemos, por razones como las que él mismo expuso al principio y que transcribimos, y, más aún, por esta justificación que incluye al final y que nos parece plenamente válida. Porque "tales razones son tan propias de un economista cuanto han sido propias las advertencias de los físicos nucleares ante las consecuencias de las aplicaciones de su ciencia, ante los peligros del manejo político de sus hallazgos sobre la vida de los pueblos. Y hay que meditar que es más grave la descomposición del equilibrio de un pueblo que la desintegración de sus cuerpos". (27) Como que cada científico que no sea un miserable técnico, hombre académico-masa, sino, a más de especialista, humanista, es el más capacitado —o debe ser el más capacitado— para ejercitar asimismo la filosofía de su ciencia, de ejercer vigilancia para que los hallazgos de la misma no se perviertan en su utilización abusiva por el político; ser un hombre capaz de evitar que el orden de la ciencia rompa con la armonía totalsolidaria de las sociedades.

VEXLIARD, Alexandre, *Introduction à la Sociologie du Vagabondage*. Petite bibliothèque sociologique internationale sous la direction d'Armand Cuvillier. Libraire Marcel Rivière et Cie. Paris. Série A: Auteurs Contemporanis, 1956. pp. 248.

"¿Ha habido siempre vagabundos?"<sup>7</sup> es la pregunta prácticamente inicial de

este bello libro en el que la ciencia y el arte marchan hermanados; en que lo grato que, por lo general, es la evocación de hechos pasados —que tienen sabor de anécdota, aunque no lo sean— va unido indisolublemente a lo verídico del dato que proporciona el examen científico de un fenómeno que, en el otro aspecto —en el doble de lo social y lo ético— reclama: atención esmerada, deseo de resolverlo en lo que tiene de problema, en una palabra —en fin—: justicia. Justicia especialmente cuando nos percatamos de que el problema del vagabundismo afecta gravemente a nuestras sociedades actuales; cuando dentro de ellas hemos llegado a adquirir la conciencia de nuestra fundamental solidaridad con los demás miembros de la sociedad; cuando hemos llegado a percibir que ciertos problemas como éste resultan de las condiciones estructurales de esa misma sociedad; cuando en esta forma nos percatamos de que la sociedad —y nosotros al través de ella— se encuentra en deuda con aquellos a quienes la vida social misma —¡dolorosa paradoja!— arroja fuera de la sociedad al tiempo que les reclama el que vuelvan a entrar a ella, y que se percatamos de que no tiene los medios para protegerlos bajo sus murallas.

"¿Ha habido siempre vagabundos?". Para responder, Vexliard recurre a una abundantísima documentación que nutre no sólo la introducción, sino todo el volumen que nos presenta, y gracias a la cual puede responder, apoyado "en investigadores y practicantes de variadas disciplinas que han tenido que escrutar los problemas del vagabundismo... que siempre los ha habido". (8) Sin embargo, sus mismos datos le permiten reconocer que han existido también sociedades que no han tenido vagabundos, entre las que se cuentan: las primitivas, las arcaicas, las preletradas y las antiguas, antes de la instauración de la propiedad pri-